



LEXICOLOGÍA Y LEXICOGRAFÍA

POR EL

R . P . O L A V I D E

Lexicología

CREO que respetaríais la escasa preparación que advertiréis en las lecciones que se me han encomendado, si conocierais la imposibilidad en que circunstancias tan ineludibles e inoportunas como ajenas a mi voluntad me han colocado de atender al honroso compromiso contraído con la Junta organizadora de este Congreso. Os debo esta confesión desde el principio, porque el respeto que os tengo y la importancia que entraña esta primera reunión de nuestras fuerzas culturales, me habían movido hace tres meses a poner toda mi alma en presentaros un trabajo que resumiera cuanto hasta ahora se ha hecho y dicho sobre *Lexicología general*, y cuanto de peculiar acerca de *Lexicología euzkérica* teníais vosotros derecho a escuchar aquí. El hombre propone y Dios dispone; y de los tres meses con que yo contaba, sólo los últimos días de Agosto he podido dedicarlos al tema propuesto; y aún eso, sin un libro, sin una revista, sin ninguno de mis propios apuntes de antaño, abandonado a reminiscencias de estudios hechos cuando no podía soñar con tener que hablaros de eso alguna vez. Confío sin embargo en que el interés propio del asunto conseguirá facilitaros una benevolencia, que sólo con repugnancia me veo presiado a implorar, ya que vosotros podríais exigirme que la conquistase en buena lid.

Y es así verdad. La lexicología podrá constituir para otros pueblos un lujo de especulación, un refinamiento literario, un problema de gabinete y de curiosidad nobilísima de por sí, pero sin interés más que para un reducido cenáculo de especialistas, que puedan permitirse el placer de cultivar para su propia satisfacción plantas de estufa. Pero para nosotros, además del científico, tiene la lexicología euzkérica otro interés práctico que trasciende nada menos que a la vida misma del euzkera.

¿Qué es, en efecto, la lexicología? Es el estudio de los materiales lingüísticos de un idioma, o sea de las veces con que en un idioma se representan las cosas, y se expresan las ideas y los sentimientos, y precisamente en cuanto que sirven para esa representación y expresión. Como la escritura es la expresión estampada e inerte del habla, el habla es la expresión vital e intencionada

por medio de sonidos orales de cuanto el hombre puede conocer o vislumbrar, de cuanto puede sentir o presentir, de cuanto puede querer y obrar, de todo su mundo y vivir interno, y de todas las acciones del mundo externo sobre él y de todas sus propias reacciones sobre el mundo externo; sin que ninguna se le escape que no pueda aprisionarla y esculpirla en palabras que revelen y con toda precisión pongan de manifiesto a los demás cuanto de cualquier punto de éstos quiera comunicarles. Es decir, que mediante la palabra el hombre se transparente al hombre en la medida que quiere, y nada más, y engrana sus aptitudes y sus necesidades, sus fuerzas y recursos, su actividad y su receptividad con las aptitudes y necesidades, con las fuerzas y recursos, con la actividad y receptividad de los demás. El flujo y reflujo incesante de almas en almas, que constituye el intercambio vital que llamamos sociedad, y que no es un apartado arbitrario de la vida humana, sino su condición esencial y su actuación necesaria reside en esa cosa tan tenue y volandera que es la palabra.

Y ¿qué es la palabra?

Para el físico, un sonido simple o compuesto, ondas acústicas, vibraciones que él registrará en sus aparatos, calculará conforme a sus fórmulas, pondrá, en conserva en el gramo fono, transmitir por el teléfono, intensificar en el micrófono, analizará, como se analiza un cadáver en la autopsia, dándose perfecta cuenta de su tono, timbre e intensidad.

Para el fisiólogo, un funcionamiento de cuerdas, cartílagos y músculos laríngeos y del aparato respiratorio secundado por los órganos bucales y nasales y por las demás dependencias orgánicas que en la articulación de los sonidos orales intervienen bajo la dirección de tales o cuales centros y cordones nerviosos.

Y es verdad que todo eso es la palabra, y que todo eso se encuentra en la palabra; como es verdad que los ojos de las inmaculadas de Murillo, que parecen estar hundiendo su mirada más y más allá en la inmensidad de Dios, son trocitos de masilla coloreada trasladados de una paleta a un retazo de lienzo en los pelos de un pincel. Y porque todo eso es verdad, la palabra es algo material y sensible; y hay laboratorios que la manipulen y..... hasta loritos que con ella nos atormenten.

Pero si la palabra es todo eso, no es ciertamente sólo eso, ni siquiera predominantemente eso. Quien no perciba o estudie o conozca de la palabra más que eso, ni percibe, ni estudia, ni conoce más que el cuerpo de la palabra, su elemento íntimo, el material.

El alma de la palabra, lo que hace de un sonido una palabra es su fuerza significativa. Que le digan a un niño «*¡a la escuela!*», o por el contrario, *vacación!*; que una tripulación sin rumbo ni esperanza oiga al vigia anunciar *¡tierra!*; que en una muchedumbre apiñada o en un recinto suene la voz de *¡fuego!*, o en los oídos de la Magdalena, arrodillada a los pies del Redentor «*te son perdonados tus pecados*». ¿El efecto mágico y diverso de estas voces lo atribuiremos a lo que tienen de sonido articulado? Evidentemente que no, sino a lo que expresan, a lo que significan, a la idea que llevan incorporada, a la revelación que transmiten.

En eso convienen todavía con el grito de terror, con el rugido de ira, con la exclamación de sorpresa, y otras voces naturalmente expresivas de un estado de alma, de un deseo, de una satisfacción o de cualquier otro afecto o pasión. Y sin embargo, esas voces no son palabras. Su fuerza significativa es en ellas ingénita; fruto espontáneo de la naturaleza, y no producción artística. Son en una palabra signos naturales. Signos, porque son en sí una *cosa*, un sonido, una voz que se manifiesta a sí misma hiriendo los oídos, y al manifestarse a sí misma, nos revela, nos hace conocer otra, el terror, la satisfacción o lo que sea de la persona que tal voz ha proferido. *Naturales*, porque el lazo con que tal significación o revelación viene trabada a tal sonido, es un lazo atado inseparablemente por la naturaleza, sin que intervenga para nada en ello y aún cuando interviniera en contra la voluntad. De ahí el que sin ningún aprendizaje apelen a ellos y los entiendan igualmente todos los hombres.

No ocurre lo mismo con palabra. El euzkeldun y el español que oyen *da*, oyen el mismo sonido; pero bajo el ropaje aéreo de ese sonido el euzkaldun ve la tercera persona singular del presente de indicativo del verbo que significa ser *es*; y el español ve o la segunda singular de imperativo o la tercera del indicativo de *dar*. Con ser uno mismo el sonido, son dos palabras distintas. El euzkaldun que oye *urdail* entiende estómago; el español se queda con la sola sensación auditiva de esa voz. Para el euzkeldun *urdail* es palabra; para el español sonido.

La razón es muy sencilla. La voz *da*, de suyo, no significa ni donación ni ser; ninguna de esas ideas, las lleva entrañadas en sí misma por la naturaleza. Los vascos hemos convenido en adosarle la significación de ser; los españoles la de *donar*. La formación, pues, de una palabra es una obra de arte, que consiste en adosar a una voz, una significación determinada; en construir con materiales fónicos, con sonidos, un signo convencionalmente representativo de una cosa y expresivo de una idea, afecto, objeto o acción. Convencionalismo en el formador de la palabra; y convencionalismo en los que la aceptan para servirse de ella, como medio de entenderse; porque sin esa aceptación, la palabra sólo sería significativa para quien la forja, y no sería vehículo del pensamiento para con los demás.

La dificultad de formar un hombre de por sí y de un envite esos millones de consorcios entre una voz y un pensamiento con garantías que aseguren su aceptación por otros, de manera que las palabras así creadas les puedan servir de moneda espiritual para cuanto el hombre es capaz de querer expresar, salta a la vista. No hay hombre capaz de eso. Porque ni hay hombre que conozca todas las cosas expresables, ni pueda llevar adelante las infinitas construcciones que tendría que hacer para la expresión de todo lo que puede sentir, pensar y querer. Más lo que uno solo no puede, lo pueden entre muchos en el transcurso de los tiempos, formándose así nombres y palabras para todo lo que vaya cayendo dentro de la esfera intelectual, sensitiva y volitiva del hombre.

Sólo que esta misma facilidad de formar palabras crea necesariamente otra dificultad que las inutilizaría y haría imposible el lenguaje, si en la realidad fuese el capricho de cada uno el único encargado de formarlas. Porque

dada la naturaleza de la palabra, cual la hemos examinado, claro está que podrán ser innumerables las voces formadas para adosarles una misma significación: v. g. nuestra *ilargi*, la española *luna*, la alemana *mond*, la griega *selenene* y así indefinidamente para significar el satélite de la tierra. De donde resultan infinitas voces para cada cosa expresable, y siendo estas, sin fin, tendríamos una multiplicación de infinitos, imposibles de suministrarlos en cada caso la voz con que expresarnos y ser entendidos.

No hay cuidado; ya véis como nos entendemos, si no todos los hombres del mundo con las mismas voces, un gran grupo de hombres aquí con estas palabras; otros grupos en otras partes con otras. Es que, sin dejar de ser convencional y arbitraria la formación de las palabras, no lo es tanto que el capricho tenga en este artículo la exclusiva.

Leyes que radican, unas en el orden objetivo de las cosas, otras en nuestra textura intelectual, y aún algunas en nuestras condiciones fisiológicas, reducirán considerablemente el campo del capricho, y encauzarán de tal manera su producción, que lo que de otra suerte hubiera resultado una polvareda desordenada de palabras, vaya disponiéndose en una multitud de sistemas, comparables por su aparente desorden y su orden real, a los sistemas estelares, que forman el universo astronómico. Y, en efecto, eso es un idioma cualquiera de los 2.000 conocidos, y lo será cualquiera que con el tiempo nazca. No simple multitud o colección, sino verdadero sistema de palabras que en el seno de un grupo humano, una raza, un pueblo, se han ido acumulando y ordenando conforme a afinidades peculiares en grupos de estructura determinada, coordinados a su vez y subordinados entre sí, según lo están en el espíritu de ese pueblo los conceptos absolutos y relativos, abstractos y concretos, estáticos y dinámicos de cuanto va conociendo, obrando y sintiendo en su mundo interno y en sus reacciones con el mundo externo material y espiritual que sobre él actúa. Repitiéndose aquí, aunque en grado muy superior, lo que en la cristalización de la materia mineral hacen las moléculas disponiéndose en tipos estructurales característicos e irreductibles. Y mejor aún, el caso de ordenación de los principios inmediatos del organismo en las células, tejidos, órganos y sistemas que conforme a un plan determinado lo presentan dotado de forma y funcionamiento específicos.

Poco importa desde el punto de vista cristalográfico que en dos cristales de sistemas diversos las moléculas sean químicamente iguales o diversas. Y de la misma manera en la clasificación lingüística es una consideración muy secundaria la de las voces aisladamente tomadas, como expresión de las cosas. En este punto pueden darse coincidencias numerosísimas, y aún préstamos e infiltraciones sin cuento entre idiomas completamente diversos, y viceversa. Como ha prevalecido en alemán la voz *schon* para significar lo hermoso, pudo haberse adoptado la voz *bello o eder*, o *pulcher* o cualquiera de las usadas en otras lenguas con la misma significación, y lo mismo dígame de cualquier otra denominación. No es por ahí, por la adopción de estas o las otras palabras para significar tales o cuales objetos de denominación, que por abreviar llamaré *primaria*, por donde hay que hacer las calicatas lingüísticas.

Si bien es cierto que aún aquí encontraremos algunos fenómenos reveladores, al menos por vía exclusiva, de grupos idiomáticos diversos. Así, una palabra donde entre el sonido *za*, *ze*, o el *txa*, *txe*, o el *ja*, *je* no será del francés, que carece de dichos sonidos. Como no lo será del castellano ninguna que empiece por el sonido *s* o *b* seguido de *t*; por poner algunos ejemplos. Esta exclusión de determinados sonidos elementales, y las exclusiones, mucho más numerosas aún, de determinados encuentros de otros es altamente característica de los diversos idiomas, y una de las causas limitadoras y encauzadoras a que antes aludí, de la multiplicación caótica de palabras, a donde conduciría la acción del capricho abandonado a sí mismo en su formación. Las exigencias y aún las preferencias fonéticas se nos presentan, pues, desde luego como una, criba clasificadora de los materiales lingüísticos de los diversos idiomas, y eso sin salir de las denominaciones primarias, que constituyen la mínima parte del material lingüístico.

Que si de ahí pasamos a la parte más característica del idioma, que son sus elementos estructurales, o sea, las voces o partículas libres o de incrustación que actuando sobre una palabra primaria, la amoldan a multitud de significaciones derivadas, y le adjuntan la expresión de toda clase de relaciones, (espaciales, de tiempo, causales, comparativas, intensivas, conjugativas, etc.), en el mundo inmenso, pero no por eso confuso, antes bien perfectamente legislado resultante de tales modificaciones, continúan reinando las exigencias y predilecciones fonéticas propias de cada idioma, alterando conforme a leyes invariables los paradigmas o modelos estructurales en que conforme a otras leyes internas del lenguaje resultan encuadradas con admirable armonía las palabras derivadas.

La rama de la lexicología que estudia, reconoce, fórmula y codifica, y con el auxilio de la Acústica y de la Fisiología explica esas leyes fonéticas de un idioma, se llama *Fonética*. Ciencia nueva; se puede decir que data de ayer. Esta por hacerse aún su estudio profundo en muchas lenguas. La fonética euzkérica cuenta con notables trabajos de Campión, Azkue, y sobre todo, de Sabino Arana, que aunque de soslayo y como base para la Ortografía, la trató magistralmente en su Proyecto de Ortografía del Euzkera Bizkaíno.

Más el estudio fonético de un idioma solo toca, al elemento material del signo convencional que llamamos palabra. Semejante en esto a la Estequiología, que se limita a reconocer la naturaleza química de los componentes del organismo, prescindiendo de sus formas, enlaces y función. La lexicología no puede contentarse con eso; tiene que pasar más adelante. Para el lexicólogo la palabra no es una mera voz, un sonido; sino una voz significativa de algo distinto de ella misma; es una idea, un sentimiento, un objeto material o espiritual, encarnado o sensibilizado en una voz, para mediante ella representarse a nuestra inteligencia.

Como el sol se nos presenta directamente al espíritu por la vista, se nos presenta también, pero indirectamente por la audición de la palabra adoptada para significarle (*sol*, *eguzki* y *ἡλιος*). Una y otra presentación difieren entre sí notablemente. Para que el sol se me presente por la vista, o una voz por el

oído, no necesito tener conocimiento previo del sol, ni de aquel u otro sonido alguno. Para hacérseme presente al espíritu ese mismo sol por la palabra adoptada para significarle, necesitase: 1.^o que esa voz, v. g. *eguzki* se me presente a si misma por el oído. 2.^o que yo anteriormente a esa presentación de la voz *eguzki* tenga idea o conocimiento del sol; es decir, que ese sol está ya de antemano presentado a mi espíritu. 3.^o que anteriormente también a la audición de la voz *eguzki*, sepa yo la convención que conecta la idea de sol a esa voz. Todo esto presupuesto necesariamente, la idea del sol que existía ya en mí quedará al descubierto ante mi espíritu. La palabra, pues, no introduce en el espíritu de quien la oye la idea que en ella envolvió el que la pronuncia, como un cartero que nos entregase la correspondencia; ni le fecunda, para que la conciba y la haga nacer de él una idea igual como hace el polen con la ósfera; sino únicamente se limita a despertar y poner en movimiento la idea ya de antes concebida por él y preexistente en él por obra del objeto interno o externo que anteriormente le fecundó. Desentierra, no siembra; es resorte, no gameto. La idea del objeto así presentada por la palabra en quien la oye, corresponder con exactitud a la que en la palabra envolviera por su parte el que la pronunció, si en uno y otro esas ideas objetivamente consideradas eran ya iguales de antes. De lo contrario, la palabra de uno suscitará en el otro la idea tal cual en éste residía, no cual la incorporó a su palabra el que la dijo.

Ahora bien, nuestras ideas de las cosas, por continuos retoques, y nuevas aportaciones propias y sociales, por el influjo de nuevas ideas que completan o perfecciona o turbian o destruyen la idea ordinariamente simplista y poco comprensiva que en un principio nos forjamos, van ordinariamente a la continua, y a veces por saltos más bruscos modificándose y cambiando de contenido. Y esto que es verdad aún en las ideas debidas a intuiciones primitivas de cosas simples y menos sujetas a corrección, se verifica más fácil y necesariamente en aquellas que por su perplejidad y mayor comprensión, o por la sutileza de su objeto, o por los muchos aspectos bajo los cuales puede este ofrecerse a la consideración, o por analogías reales o aparentes que con otros objetos presenta, están expuestas a frecuentes rectificaciones, cambios, restricciones, distinciones y añadiduras de todo género. Añádase a esto que la palabra no sólo expresa ideas, sino también sentimientos, los cuales son aún de naturaleza más proética y alterable que las ideas, menos discernibles, y que admiten matices y combinaciones indefinidas de muy difícil exámen y apreciación. Y repárese en que estos sentimientos se enzarzan y enmarañan con las ideas, introduciendo en ellas un coeficiente de exageración o ironía, cariño, entusiasmo y demás movimientos pasionales, que sobre polarizar nuestra ideación, la impregnan de nuevos connotados. Extiéndase la consideración al influjo que en las ideas y en los sentimientos ejercen las sensaciones, y al caudal de materia representable que ellas mismas constituyen. Y se tendrá sin salir del orden sicológico individual una multitud innumerable de procesos, que llevan consigo por fuerza intrínseca y vital la formación y reformación, la desaparición y cambios de palabras con que expresar todas esas cosas, aún suponiendo un idioma único o alejado de todo influjo de cualquiera otra lengua.

Pero es el caso que además de los factores psicológicos que remueven incessantemente el mar de las ideas, de los sentimientos y de las sensaciones, produciendo en todas direcciones corrientes, olas, torbellinos y espuma de renovación constante; ahí está el mundo de las cosas, trayendo al lenguaje nuevas fuentes de renovación, desaparición y formación de palabras. Cosas que desaparecen dejando vacantes sus nombres; cosas, que por el contrario, van apareciendo y en que nadie antes había soñado; exigiendo nuevos nombres para si cosas que se trasforman y adquieren nuevas aplicaciones, a las cuales han de corresponder asimismo palabras nuevas.

Y para coronamiento de todos estos factores intrínsecos del material lingüístico de un idioma en su perpetua evolución, es menester apuntar aquí la influencia enorme de la vida social. Pues la variedad de clases, profesiones e instituciones que surgen en el seno de la sociedad, la reparte en grupos de ocupaciones, necesidades y preferencias especiales, que les suministran la materia obligada de sus tratos y conversaciones, empujando a sus individuos a la formación de las palabras que necesitan en su peculiar ambiente y desarrollo de vida. De donde nace para cada grupo dentro del idioma común a todos, una flora de palabras, muchas de las cuales a su vez, saliendo del círculo especialista en que germinaron pasan a enriquecer el patrimonio lingüístico general a todos los grupos, circulando por todos los labios. Los sacerdotes, los literatos y científicos, los niños, la política, el derecho, los deportes, la agricultura, la marina, el pastoreo, la agricultura, la milicia, la industria y el comercio, son otros tantos núcleos de intensa producción de materiales lingüísticos, cuyos aportes enriquecen y mantienen en constante renovación al caudal de palabras de un idioma.

Nada más falso, por lo tanto, que imaginarse al idioma como algo estático, como algo rematado y cristalizado, como algo que pueda ser definitivamente inventariado, y de cuya formación llevada a término infranqueable pueda circularse aviso. La lengua es esencialmente dinámica; su ser es una perpetua evolución; un incesante *in fieri*; un pujo vital de retoño, de adaptación, de creación y regeneración, que constantemente renueva sus materiales y los acrecienta, mientras otros se secan y desgajan, como se suceden en los árboles las hojas y los frutos, y como en los organismos el torbellino vital trae en continua renovación todos sus elementos dentro de la identidad específica.

Reconocer, clasificar y explicar esas creaciones, desapariciones, cambios y adaptaciones de palabras, que en el lenguaje de un pueblo reflejan y encarnan todas las fases, oscilaciones y pulsaciones de su pensamiento y retratan al vivo su cultura, clasificando racionalmente los procesos a que se ajustan los factores de esa evolución, es el campo asignado en la Lexicología a la *Semántica*, más moderna aún que la *Fonética*. Entre nosotros ninguno ha emprendido, que yo sepa, la *Semántica euzkérica*, ni en su parte *histórica*. Para nosotros casi inabordable, por la escasez de monumentos literarios antiguos, donde registrar las etapas de nuestra evolución lingüística, ni en la que pudiéramos llamar *inventarial o estadística*, o sea escudriñadora del movimiento semántico del euzkera en la actualidad. Si el Sr. Urkixo (D. Julio) lleva adelante

su proyecto de *Atlas lingüístico de Euzkelería*, podremos contar con una base sólida para este trabajo, perteneciente a la parte que pudiéramos llamar *Semántica Geográfica*.

Pero la parte más importante y transcendental de la Semántica es la que ahora paso a exponer:

Además de las voces que con significación determinada forman el caudal de una lengua, hay otras que por sí solas nada significan, pero que, adheridas o fijadas a ellas, tuercen su significación en una dirección dada, haciéndolas consignificar una modalidad o relación nueva. Llamémoslas *afijos*, que por su posición serán sufijos, infijos o prefijos. Así la voz *ki* de por sí nada significa, pero sufijada a *eder*=hermoso, en *ederki* le hace significar *hermosamente*; a *guri* =tierno, en *guriki* tiernamente; a *gizon* =hombre varón; *gizonki* =virilmente. La voz *tasun* de suyo sin significación, sufijada a *eder* le hace significar el abstracto *hermosura*; a *gizon*, humanidad.

La acción de estos afijos sobre las palabras es, como se ve, doble: morfológica y semántica. *Morfológica*; porque al juntarse con ellas las moldean comunicándolas una forma nueva. De ahí el nombre de *morfología* con que ordinariamente se designa la parte de la lexicología, que toma a su cuenta el reconocer y clasificar esas voces, y formular las leyes de su aplicación. Es, asimismo acción *semántica*, porque al afijarse, añaden a la palabra en que se injertan una nueva consignificación.

Por su acción morfológica, pudieran compararse a la librea o uniforme que distingue a los funcionarios de los diversos cuerpos de un Estado. Por su acción *semántica*, indisolublemente unida a la morfológica, se parecen a los catalizadores químicos, que con su presencia determinan una reacción en la que no intervienen con su sustancia. Por su acción de *conjunto*, vienen a ser, respecto de las palabras que los reciben, lo que el cuño en las monedas, que, sobre modelar la forma de las piezas, las da un nuevo valor, sin ser él valor alguno.

Gracias a la acción de los afijos, el idioma que sin ellos sería una multitud de materiales incoherentes, de retención imposible, es un cuerpo sistematizado con órganos, nerviación y facciones fácilmente reconocibles y esquematizables hasta el punto de que un paradigma completo de todos los afijos, por lo menos en euzkera, nos da el armazón completo del idioma. El que conoce bien ese armazón, tiene en la mano el secreto y la llave de un idioma; el que lo desconoce, en vano llenará su memoria con los significados de millares y millares de voces sueltas. Dos idiomas que tengan común su sistema paradigmático de afijos, aunque estos en la materialidad de la voz no coincidan del todo, son dos hermanos de una misma familia. Una lengua cuyo paradigma afijal forme un tipo irreductible respecto de los de las demás lenguas es una lengua-isla. Tal es nuestro euzkera. Conocer v. g. el verbo euzkérico, es conocer el paradigma de todos sus afijos de flexión, modalización, adaptación activa o pasiva, inclusión de términos directos e indirectos; en una palabra, de cuanto una palabra verbizada puede dar de sí en euzkera para todas las modificaciones del pensamiento sujeto a la manipulación conjugativa. Lo de menos es saber

si la idea que hay que hacer correr por esos moldes, tiene por voz propia *etori* o *eldu* o *ipiñi*. Eso es lo más indiferente y convencional del Euzkera y de todas las lenguas, y su elemento variable. El molde es el elemento unificador de toda esa variedad. Moldes como para la conjugación los tenemos para todas las direcciones del pensamiento; para adjetivar, para verbizar, para abstraer, para pluralizar, para diminutizar, aumentar, comparar, para todo. Lo que importa es conocerlos. Y este es el objeto de la *Semántica morfológica* llamada también a secas *morfología*.

Ese armazón *semántico-morfológico* es juntamente con unos cuantos, bien pocos, nombres de cosas cuanto aprenden de sus madres los niños en su aprendizaje del habla. No aprenden todos los plurales; aprenden el sufijo pluralizado. Y como hoy pluralizan *txakur* en *txakurrak*, porque así lo oyen pluralizado por sus padres; mañana formarán ellos todos los plurales que se ofrezcan sin haberlos previamente oído. La experiencia de la vida les irá suministrando conocimiento e ideas, palabras hechas con que significar muchas de ellas, en una palabra, el material que han de hacer correr por esos moldes. Pero el organismo lingüístico está ya en ellos desde entonces formado y viviente. Ya son euzkeldunes.

Más o menos en confuso a ningún tratadista del euzkera se le ha escapado la importancia de este aspecto de la cuestión lingüística; por lo menos en lo que toca al verbo y a la declinación. Y en todas las gramáticas euzkéricas podréis ver mucho de esto. Pero quienes más de propósito, y con mayor conocimiento reflejo ha aplicado su atención a dilucidar esta cuestión fundamental han sido Campión y Azkue en sus gramáticas. Sé que el Sr. Eleizalde, no contento con su monumental *Morfología del Verbo guipuzkoano*, prepara una obra conforme a todas las exigencias de la semántica morfológica, cual acabo de apuntáros las, construyendo nuestro paradigma afijal completo de la conjugación. Quiera el Señor iluminarle, para que nos dé una obra definitiva. ¿No habrá alguno que se anime a emprender ese mismo estudio en los demás sectores del armazón lingüístico del euzkera?

El día que tengamos este estudio concienzudamente terminado, habremos dejado al descubierto la trama y urdidumbre de la mentalidad vasca, del proceso íntimo según el cual la mente vasca se asoma al mundo, desarrolla y enlaza sus concepciones, y pone en juego el capital espiritual que Dios confió al hombre al imprimir en su alma el sello de su imagen, y que en ese sentido constituye la nobleza esencial del hombre; pero que en cada raza lleva un sello particular, más que ningún otro adherido a la médula de su alma, y revelador de su personalidad característica. Tan enlazado con ella, que es imposible despegarlo sin rasgarla, y matarlo sin matarla. No es esta cuestión de administración, ni que se regule por Reales órdenes o decretos o leyes de ningún Cuerpo Legislador propio o intruso. Nuestra, mentalidad es cosa anteriormente y superiormente a todo eso propia nuestra. A nosotros, y a cuantos con nosotros traten nos incumbe el deber sagrado de desarrollarla, cultivarla y perfeccionarla. Quien en esto nos ponga trabas, nos ahoga; quien intente con cualquier pretexto interceptarnos el camino, nos tira al corazón. Nosotros estamos

decididos a impedirlo, y a hacer que este corazón racial no cese de palpar con su ritmo propio, por muchas que sean las trabas que se le quieran poner. Nos debemos antes que a nada ni a nadie al imperativo que Dios puso en nuestra alma personal y colectiva, y por nada ni por nadie desertaremos de nuestro deber.

* * *

Lexicografía

En la lección de ayer intenté exponeros el objeto sobre que versan los estudios lexicológicos, deduciendo de su naturaleza misma las ramas en que estos estudios se dividen, y cuyo conjunto ordenado constituye la ciencia llamada *Lexicología*. Vimos que el objeto de esta ciencia, o sea, la materia que toma a su cuenta, es el material lingüístico, o sea las palabras y los moldes paradigmáticos que constituyen, respectivamente, el relleno y el armazón de un idioma. Y como toda ciencia se especifica, es decir, recibe su carácter y enfoca sus investigaciones, según su objeto material y formalmente considerado, me detuve en este punto fundamental, analizando y puntualizando el concepto y la naturaleza de la palabra, en cuanto forma parte de un idioma. De este concepto fundamental fui deduciendo las incumbencias diversas de la *fonética*, de la *semántica general*, de la *semántica histórica*, de la *semántica geográfica*, y particularmente de la *semántica morfológica o morfología*.

De intento dejó de nombrar siquiera otra parte importantísima de la Lexicología, a saber: la *Lexicografía*, reservándola para tema único de la lección con que hoy pondré de nuevo a prueba vuestra paciencia.

Habréis echado de ver que he llamado *ramas* de la Lexicología a todas las partes de esta ciencia, que ayer recorrí, y ahora acabo de recordar; y en cambio a la *Lexicografía* os la presento sin esa denominación. Es que efectivamente, la *Lexicografía*, más que rama de la *Lexicología* es su fruto supremo, a cuya formación y desarrollo se ordenan las raíces, el tronco, las ramas y las hojas de la Lexicología, elaborando para él y conduciendo a él toda su savia. A su vez la Lexicografía sabrá pagar espléndidamente esos servicios a la Lexicología; pues en el fruto lexicográfico encontrará el lexicólogo concentrado y fácilmente examinable cuanto anteriormente a la obra lexicográfica madura se le presentaba disperso, y exigía de él trabajo ímprobo para orientarse, documentarse y fundamentar sus investigaciones.

La lexicología puede considerarse con respecto al lenguaje que es la materia de su estudio, como un *teorema* o una serie de *teoremas*. La *lexicografía* tiene otro carácter, es no un *teorema*, sino un *problema*. Su actitud, su orientación no es *contemptativa*, *observadora*, como la de la *Lexicología* en sus otras ramas; sino *práctica*, *de acción*, *de construcción arquitectónica*. Y su trascendencia es asimismo *práctica*, vital para la lengua, cuya consolidación, perfeccionamiento y fomento es la misión especialmente confiada en este Congreso a esta sección de *Lengua*, y particularmente a la Mesa, de que sin saber por qué me encuentro formando parte.

Y ¿en qué consiste este problema lexicográfico? En construir un diccionario racional de la lengua; para nosotros, del euzkera.

Si le tuviéramos ya hecho los euzkeldunes, el estudio de la Lexicología euzkérica en todas sus ramas, que ayer os expuse, tendría asentado su más firme cimiento, y se podría llevar adelante con la relativa facilidad que da el tener a mano toda la documentación de un asunto.

Mas con ser tan grande la trascendencia que por este lado presenta el problema lexicográfico, aún tiene otro aspecto, que nos le hace más interesante y le coloca en el número de aquellos problemas nuestros, que más imperiosamente exigen ser resueltos.

Necesitamos un diccionario completo en su contenido y racional en su método, para poder aprovechar fácilmente los materiales así reunidos, facilitando la labor del escritor y del maestro, y en casos como el nuestro de abandono multiseccular, hacer posible la creación de una literatura euzkérica difundida por todos los ramos del saber, y la puesta en circulación de nuestra lengua para todos los usos de la vida.

Porque habréis observado cuantos de la afición platónica al euzkera habéis querido pasar a manejarlo como instrumento de expresión en la conversación, en el magisterio y en la prensa, que la voluntad más sincera y decidida se estrella desde los primeros pasos ante la imposibilidad de encontrar, a medida que las necesitáis, palabras para lo que queréis decir; ya porque desconocéis lo que existe en nuestro tesoro lingüístico, ya porque en lo que de hecho falta ignoráis los resortes del euzkera para llenar sus propios vacíos. Y esta es la hora en que después de tanto conato en favor de nuestra lengua, continuamos atollados sin vislumbrar una salida, esterilizándose todos los estímulos extrínsecos con que pretendemos la reconquista del euzkera, por no atacar de una vez denodadamente la dificultad intrínseca, que la dispersión y el desconocimiento de nuestros materiales de construcción oponen a toda marcha, sustrayéndonos el suelo debajo de los pies.

Nuestra misma exigüedad demográfica, y nuestro bilingüismo, no ya paralelo, sino lo que es peor, complementario, hacen necesaria una saturación intensa del ambiente euzkérico, para contener la rarefacción ya excesiva del euzkera, y conservar en vigor lo que aún nos queda. Esta saturación la han de producir, de una parte, las publicaciones euzkéricas en todos los ramos; y de otra, las escuelas euzkéricas que preparen las masas de lectores para sus publicaciones. Ahora bien; las publicaciones suponen escritores, y las escuelas maestros. Y ni escritores ni maestros euzkéricos son posibles hoy sin un arsenal lexicográfico, que ponga a su alcance los materiales lingüísticos, que en el estado de, dispersión actual es difícil tener a mano.

Se impone, pues, emprender pronto y con toda eficacia la pesquisa y recolección de nuestros materiales lingüísticos, y proceder a su exposición metódica; en otras palabras, hacer un diccionario euzkérico completo y racional.

Pero ¿no los tenemos? Sí por cierto, y relativamente a nuestra bibliografía euzkérica, más numerosos que cualquiera otra literatura. ¿Es que son malos? Algunos seguramente; aunque todos han sido grandemente útiles cuando se

publicaron, y sus autores merecen el agradecimiento del pueblo vasco, por haber puesto a contribución en favor del euzkera sus fuerzas, según los medios más o menos escasos con que pudieron contar. En tal concepto el nombre de Larramendi nunca será suficientemente bendecido. Juzgo inútil una nota bibliográfica de nuestros lexicógrafos, ya por el poco valor absoluto de casi todos ellos, ya porque es fácil encontrarla, aunque no sea más que en el diccionario de Azkue. Solo recordaré los nombres de Bera-Mendizabal y de Azkue. La obra lexicográfica de este último, sobre todo, basta para inmortalizar su nombre. Cuanto más la estudio y la revuelvo, más grande me parece. Aquello no es el óbolo de la viuda, no es la brizna aportada por la hormiga; es el caudal majestuoso, que recoge de todas las vertientes de nuestra cuenca lingüística aguas corrientes y estantías, puras y turbias, pero siempre fértiles, abundosas y aprovechables. Increíble que aquello sea obra de un hombre solo, aunque ese hombre se llame Azkue, como pudiera llamarse *legión*. Leyendo yo en Littré, la historia íntima de sus veinte años de gestación de su célebre diccionario francés, he podido adivinar qué interesante sería una conferencia en que Azkue hiciese en voz alta examen de conciencia de sus trabajos lexicográficos desde el punto y hora en que los emprendió hasta que corrigió las últimas pruebas de su inmortal diccionario.

Pero yo he visto en el ejemplar que Azkue maneja, innumerables tachaduras y correcciones y añadiduras de su propia mano, y he oído de sus labios el acento sincero de quien pide por *amor* de Dios cuantas enmiendas y adiciones puedan sugerir a todos el hallazgo casual o la investigación más porfiada. Y efectivamente, con ser tanto lo hecho por él, ¡es tanto lo que aún nos queda por hacer! Si de este Congreso resultase el compromiso firme de organizar en grande la obra lexicográfica que, tanto necesitamos, el Congreso de Oñate, sobre ser una gran parada de nuestras fuerzas culturales, sería un gran paso dado en el afianzamiento y floración del euzkera.

Precedentes de la gran obra con que yo sueño han sido los intentos, y digo intentos, porque no sé que de eso hayan pasado, de la *Toponimia* y *Patronimia* euzkéricas; que hasta cierto punto serán entre nosotros, si se estudian debidamente, lo que para la lexicografía de otras lenguas es la colección de manuscritos y documentos de sus archivos. Reanudada seriamente esta labor, la Sociedad de *Estudios Vascos*, que hace pocos años la emprendió en Bilbao, nos dará un contingente copioso y auténtico, rico en sorpresas y enseñanzas para nuestro léxico.

Otro precedente precioso hubieran sido las monografías lexicales de localidades, valles o regiones determinadas, ya limitándose a materias particulares, como lo hicieron Lakoizketa y Baraibar, ya abarcando todo el léxico local, como lo estaba haciendo respecto a Zuberoa el P. Lhande.

Más con precedentes auxiliares o sin ellos, la gran obra de exploración hay que emprenderla, recogiendo en primer lugar de los labios del pueblo, y además, de los libros y de los documentos de los archivos públicos y particulares, todos los materiales de nuestra lengua.

Felizmente podemos disponer para la organización provechosa de esta re-

coleccion, de la experiencia y desengaños de las dos obras lexicográficas más atrevidas y afortunadas que se están llevando a cabo desde hace algunos años en el mundo; a saber: el *Thesaurus linguae latinae editus auctoritate et consilio Academiarum quinque germanicarum*, que desde 1900 se está publicando por Teubner, en Leipzig; y el *Diccionario general de la Lengua Catalana*, que desde fines de 1912 están llevando a cabo bajo la dirección de Pompeu Fabra las *Oficines lexicografiques del Institut de la Llengua Catalana*, en Barcelona. Las sociedades que han tomado a su cargo esas obras gigantescas, antes de encontrar su régimen definitivo de marcha, han pasado por años de tanteos laboriosísimos, que las han conducido por fin a procedimientos que las permiten laborar con las mayores garantías de seguridad, con el mayor rendimiento útil, y con la simplificación relativa de trabajo y de personal más aquilatada.

Nuestro futuro Instituto Lexicográfico que tome a su cargo este trabajo ha de dividir necesariamente su personal en dos secciones, correspondientes a los dos capítulos generales a que se reduce por su naturaleza toda obra lexicográfica; 1.º Recolección de los materiales lingüísticos (palabras en todas sus acepciones e historia morfológica y semántica, modismos y paradigma afijal); 2.º Ordenación científica de esos materiales en un cuerpo de exposición, que permita estudiarlos y utilizarlos fácilmente.

La sección recolectara o exploradora, que es la fundamental y en cierto sentido la más difícil de organizar, ha de extender sus tentáculos por todo el país euzkeldun, y aún por todos aquellos países, donde la toponimia y el habla popular extraña conserve a modo de restos supervivientes más o menos desfigurados, y de salpicaduras euzkéricas, o de fósiles testigos del pasado, alguna partícula de nuestro tesoro lingüístico. Ninguna palabra, por desfigurada o tomada de origen erdérico que se encuentre, por arcaica que sea, por desfigurada que parezca; ninguna acepción, por caprichosa y aún contraria que se muestre al uso corriente, debe quedar sin caer en las mallas de esa red barrendera, y pasar a estudio de los directores de la obra.

Esta parte del trabajo explorador comprende a su vez dos ramas; una, para nosotros desgraciadamente muy pequeña, la exploración del lenguaje escrito. En cambio, para las cinco academias alemanas que trabajan en el *Thesaurus*, es el único campo de exploración, aunque dada la importancia de la literatura latina, es un campo vastísimo. Y en los trabajos que allí se realizan encontraremos mucho que aprender y poner en práctica. A esta sección pueden acoplarse en nuestro instituto lexicográfico las exploraciones toponímica y patronímica; pues la toponimia y patronimia euzkéricas constituyen para nuestra lengua un verdadero archivo.

Pero de donde podemos sacar enseñanzas incomparablemente más útiles para nuestro trabajo, es del que desarrollan los catalanes en sus oficinas lexicográficas. Aquí no se trata ya de una lengua muerta y exclusivamente literaria, sino viva, y, por añadidura, resurgente de una postración secular.

La principal requisa de palabras hay que hacerla, como la de los frutos en los árboles que les producen, y la de las mieses en los campos que las llevan, en los labios mismos del pueblo, que las crea, modifica y fija en incesante aflujo

vital. ¿Cómo preguntar a tantos? ¿Cómo conseguir de cada uno que nos diga todas las palabras que usa, las más de las veces con tanta inconsciencia, que frecuentemente basta inducir a muchos a la reflexión, para que no acierten a decirnos lo que espontáneamente les saldría, cuando no estuviéramos presentes para recogerlo? ¿Cómo disponer de esa caza de palabras con garantía de que ni una dejará de caer en nuestras manos? Improbable empresa, aún cuando todos participasen del interés del buscador; pero enormemente más ardua aún, porque al interés y solicitud del pesquisidor responde la indiferencia absoluta de los que le habían de informar, niños, menestrales, labriegos, pastores, burgueses, industriales, en una palabra, de todos los que hablan una lengua. ¿Quién es capaz de movilizar las fuerzas que se necesitan para una exploración tan vasta y minuciosa? ¡Qué de tanteos y pasos inútiles no supone una labor de esta índole! ¡Cuántos años que podríamos llamar perdidos, si los desengaños en ellos cosechados, no fueran abriendo camino en la intrincada maraña, y la experiencia angustiosa no produjera al fin el conocimiento de los procedimientos rápidos y eficaces!

Pues bien; esta etapa de tanteos y de divagación se nos abreviará considerablemente con las enseñanzas que a los lexicógrafos catalanes les ha suministrado la experiencia de los años que llevan trabajando en tal faena. Con una amabilidad que no sabré debidamente agradecer, me han enviado de las *Oficinas lexicográficas*, folletos, hojas, volantes y papeletas en que se explican y llevan a la práctica los procedimientos que esa experiencia les ha aconsejado adoptar como más seguros y expeditos. Tentado he estado de hacerlos con todos esos datos una exposición de lo que allí se hace. Pero juzgo más práctico, y además indispensable, que si de este Congreso sale el acuerdo de emprender en favor del euskera una obra semejante, como ha de salir, si no queremos que muera nuestra lengua, antes estamos decididos a hacerla vivir con dignidad; los que de esta obra se encarguen vayan personalmente a informarse y ejercitarse durante algún tiempo en aquellas oficinas, donde la proverbial cortesía barcelonesa les prestará todas las facilidades imaginables, para ponerles en disposición de implantar entre nosotros lo que encuentren de más aquilatado en la organización de este trabajo. Lo que con ello se facilitará el nuestro es indudable.

Viene después la labor propiamente lexicográfica, que consiste en el estudio científico de las papeletas acumuladas, atendiendo a su historia semántica, a su difusión geográfica, a su fonética y morfología, a su etimología y grafía; para proceder definitivamente a una clasificación racional, que las presente todas ordenadas por familias naturales, y acompañadas de sinónimos y antónimos, de modismos característicos, y de cuantas aclaraciones y aún gráficos sean menester para expresar con precisión su valor semántico. Toda esta labor última, puramente técnica y científica, tiene que pesar exclusivamente sobre los que lleven la dirección suprema del trabajo, quienes a una competencia filológica no común han de reunir una asiduidad benedictina y gran suma de conocimientos generales y especializados. Ellos son los que han de resolver el magno y modernísimo problema de la lexicografía propiamente

dicha; problema recientísimo, por muy pocos abordado, y por nadie hasta ahora en toda su amplitud, sino por los autores del *Thesaurus* y del *Diccionari Catalá*, que están en sus comienzos.

Hasta ahora nada más fácil y simplista que construir un diccionario, una vez reunidas las palabras, pocas o muchas, que en él habían de consignarse. Todo se reducía a enfilearlas por orden alfabético. Con unos cuantos muchachos se resolvía toda la labor. En los diccionarios que sé hacen para ayudar a traducir, o a conocer una palabra ignorada con que se tropieza en la lectura, el orden alfabético será siempre reconocido como el más aceptable, y continuar empleándose siempre. Pero para el estudio de una lengua, para el que sobre una materia dada quiere escribir o hablar por cuenta propia y encontrar reunido el material lingüístico con que expresarse, el método alfabético es tan absurdo como lo sería para la información periodística, o para el estudio de una ciencia o un arte en un libro. Al que va a escribir o hablar sobre algo, lo que le hace falta es saber cómo se llaman las cosas que quiere expresar; y el diccionario alfabético no le dice eso, sino únicamente qué significan tales y cuáles palabras, las que él trae. Por culta y conocedora de su lengua que supongamos a una persona, es imposible que sepa los nombres de todos los utensilios y acciones que le tienen usadísimo por los grupos sociales que están continuamente hablando de tales cosas. Poned en manos de esa persona un diccionario alfabético, donde seguramente se encuentran los nombres que él desea conocer. De nada le serviría. Sería peor que enviarle a entregar una carta en una plaza de toros a una persona cuyas señas desconoce. Y la dificultad crece desmesuradamente para un euzkeldun, porque con lo exigua que es nuestra literatura escrita, y la intrusión del erdera en grandes sectores de la conversación, es muy reducido el léxico que cada cual puede manejar, y por consiguiente, mucho lo que tiene que ir a buscar al diccionario.

Es preciso, pues, cambiar de rumbo en el ordenamiento de los materiales de un diccionario.

La palabra *ugal*, v. g., deberá figurar en los artículos destinados a guarnicionería, indumentaria, maquinaria, calzado, etc., juntamente con las demás que en cada grupo de éstos han de aparecer sistemáticamente reunidas.

Los nombres de los componentes de un todo natural o artificial, físico o lógico, se han de reunir bajo el nombre o nombres de ese todo. Así, v. g., bajo el encabezamiento *Aste* deben encontrarse los nombres de los días de la semana, los de ciertas semanas especiales, con los refranes y modismos referentes a la semana.

Ni sólo se han de juntar en un mismo artículo los sinónimos, sino también los correlativos y los opuestos. Así, bajo el encabezamiento *On*, deberán ir *obe*, *onen*, *ongi*, etc., y sus opuestos *txar*, *gaitza* con sus respectivos derivados. Junto a los nombres del *avaro* y de la *avaricia* los de la generosidad y largueza.

El trabajo que esta clasificación entraña supera las fuerzas del sabio más universal, y tiene que repartirse necesariamente entre especialistas. Y aún, así, ofrece dificultades insuperables, sobre todo cuando de los nombres de cosas se pasa a las denominaciones abstractas y a los conceptos metafísicos y genera-

les que se entreverán en los diversos campos de la actividad humana y trascienden a todo. Más esta dificultad no nace de la índole peculiar de nuestro idioma, ni del de ningún otro en particular, sino del orden objetivo de las cosas, y de las leyes íntimas del pensamiento, incapaz de hacer la síntesis completa y pormenorizada de todo lo cognoscible.

Las tentativas hasta ahora ensayadas por Zanotto y Carena en Italia, Ploetz y Sander en Alemania, y Roget en Inglaterra, son lo único, bien poco ciertamente, que hasta nos encontramos hecho en este orden, y muy lejos de la amplitud requerida. Veremos cómo los directores del *Thesaurus* y los del *Diccionari* se orientan por estos mares; y si somos nosotros los que acertamos a marcar rumbos más seguros. Empresa gloriosa se nos presenta, capaz de tentar a cuantos de entre nosotros sienten el cosquilleo de la gloria literaria. ¿Responderán nuestros hombres de letras? A vosotros os toca decirlo.

Yo sólo quiero añadir que en esta empresa nos jugamos, no solamente la gloria literaria, sino la vida misma o la muerte del euzkera. La institución lexicográfica que os he bosquejado no es un mero taller científico: es el arsenal de reparación y construcción del idioma que Dios ha regalado a nuestra raza. Si hay sacrificio para reunir las fuerzas en una sociedad de verdaderos trabajadores, que, desdeñando la gloria fácil del momento, afirmen bien nuestro subsuelo, acopien nuestro material lingüístico, lo depuren y lo ofrezcan bien ordenado a nuestro pueblo, las edificaciones literarias surgirán como por encanto, y generaciones más felices en esto que la nuestra vivirán del patrimonio restaurado con nuestra abnegación y asiduidad.
